



Ponente

SISTER MARÍA CRISTINA DUQUE¹

Hermana de las *Sisters of Life*

Buenos días, eminencias, excelencias, sacerdotes, religiosos, congresistas y organizadores y demás criaturas todas de Dios.

Es una alegría estar aquí en el Congreso Católicos y Vida Pública. Gracias por la invitación a participar en este Congreso. Para dar a conocer a las hermanas de la vida, las *Sisters of Life*, vamos a hacer un poquito de historia, y digo poquito pues no tenemos ni 30 años de existencia.

Os propongo un vídeo de nuestro fundador, el Cardenal O'Connor, donde él mismo cuenta cómo empezó todo. Yo no le conocí personalmente, pero siempre le he sentido muy cercano y muchas veces me he preguntado si me conoce. Un día soñé que estaba sentada a la mesa en un banquete con él y con varias personas y de repente me preguntó: “*Sister María Cristina, ¿qué tal José Tomás?*”. Yo le dije: “*¿José Tomás?*”. Él me contestó: “*Sí, el torero*”. En ese momento, me di cuenta de que él me conoce.

Él siempre dijo que no quería monjas cortadas con el mismo patrón y realmente así somos: una misma vocación, un mismo carisma, pero sin olvidar que cada persona es única e irreplicable imagen de Dios, irreemplazable, necesaria, preciosa, de alto precio, con capacidad de perdonar y prometer y de ejercer su voluntad, como cada persona que está participando en este Congreso, cada familiar que se quedó en casa, la señora que hace la limpieza en el CEU, sus hijos que se quedaron en alguna montaña en Sudamérica con un pariente, cada niño recién concebido en el vientre de su madre, la persona que lleva toda su vida postrada en una cama y quien está desesperado planteándose el suicidio.

¹ Transcrito por audición.

Vamos a pasar a ver el vídeo del Cardenal O'Connor, donde él mismo cuenta cómo empezó todo.

D. John Joseph O'Connor, fundador de las *Sisters of Life*:

No quiero culpar a Dios, pero realmente no había razón humana para que viniese a ser el Arzobispo de Nueva York. Así que lo atribuyo al Espíritu Santo y quiero pensar que el Espíritu Santo tenía sus razones. Tenía sus razones porque no podría darte ninguna. No podría darte ninguna razón inteligente ni humana de por qué soy el Arzobispo de Nueva York. Soy la última persona en el mundo que quería ser Arzobispo de Nueva York, pero tal vez la razón era ayudar a fundar las *Sisters of Life*. Te diré, con todos mis estudios en teología y filosofía a lo largo de los años, nada me impactó tanto como encontrarme en aquel infierno a las afueras de Múnich. Era una ciudad pequeña y bonita, con flores en los alféizares de las ventanas, y tenías que cruzarla para llegar al campo de concentración de Dachau. Era... parece un parque infantil pero con una gran valla que lo rodea. Excepto porque hay unos cuantos caserones de madera que fueron construidos para albergar a cuarenta, cincuenta personas, y que deberían tener a otras doscientas cincuenta en las cámaras. Luego ibas al crematorio, donde hay dos hornos semicirculares de ladrillos rojos. Y cuando toqué con mi mano por primera vez los ladrillos de uno de esos hornos, si lo pienso con retrospectiva, sentí que se entremezclaban las cenizas de judíos y cristianos, rabinos, ministros, presos, niños y adultos, y pensé, "*Dios mío, esos seres humanos le han hecho esto a otros seres humanos*". Y creo que esa fue mi primera revelación después de tantos años pensando en el valor y la dignidad y la santidad de cada persona, y con la real, la absoluta certeza de que todo el mundo está hecho a la imagen y semejanza de Dios. En en aquel momento determiné, sin pensar concretamente en el movimiento pro-vida o incluso en el aborto. Pero determiné en ese momento, que de ahí en adelante, todo lo que haría durante el resto de mi vida, Señor mío, se centraría en la santidad del ser humano, sin importar lo que hiciera, lo que predicara o lo que escribiera en cualquiera de mis asociaciones. Intentaría ver que cualquier persona, de cualquier edad y condición, está hecha a la imagen y semejanza de Dios.

-Uno de los mejores momentos del Cardenal O'Connor, fue cuando le presentó a uno de sus hermanos Cardenales un discurso especial durante el extraordinario Consistorio de Cardenales en 1991. En aquel momento, y en presencia del Padre Santo, el Cardenal O'Connor pidió un documento Papal

oficial acerca de la vida humana y sus amenazas, que tan características son en nuestros tiempos. Los Cardenales del consistorio aceptaron sus recomendaciones y se las presentaron al Santo Padre. Y el Santo Padre dio su respuesta a esta petición con la gran encíclica *Evangelium Vitae*, el Evangelio de la Vida.

-Simultáneamente pensé: *“bueno, aquel pasaje en las escrituras, es... fundamental en nuestra obra”*. Cuando los apóstoles volvieron de su primer viaje misionero, podríamos llamarlo así, estaban emocionados por todo lo que habían conseguido. Pero también se sentían abrumados por haber fracasado. Habían visto a nuestro Señor expulsar a los demonios una y otra vez de individuos poseídos. Y no podían entender en qué fallaban, así que se lo hicieron saber. Entonces, este tipo de demonio solo puede ser derrumbado a base de orar y ayunar. ¿Y qué falta? Hay algo que falta aquí. Así que escribí una sencilla columna en el periódico de nuestra archidiócesis, el *Catholic New York*. Escribía unas sencillas columnas semanales, algunas más simples que otras. Pero esta en concreto, era puramente especulativa. En ningún momento pensé: *“voy a establecer una institución religiosa, una comunidad religiosa”*. De hecho, me asustaba enormemente la idea de que eso es lo que Dios podría tener en mente. Así que lancé una simple pregunta: ¿es el momento de que haya una comunidad religiosa? ¿Es el momento de obrar entre todos con la oración y la contemplación? Salvar una vida humana podría valer la pena. ¿Por qué valdría la pena? Porque creemos que cada ser humano está hecho a la imagen y semejanza de Dios y ha tenido a Cristo por modelo. Y el Señor dijo muy claramente, *“cualquier cosa que le hagas a cualquiera de mis hermanos, me la estás haciendo a mí”*. Lo tomamos literalmente porque es lo que tenemos que hacer, y entonces, cuando salvamos una vida, estamos salvando a Cristo de una manera que no podemos ni comenzar a comprender, es un gran misterio. Y no solo me refiero a los no natos, sino también por la que podría ser la siguiente y más desastrosa tragedia en nuestro país, si la podemos llamar así, y hablo de la eutanasia y el suicidio asistido de gente que se ha vuelto vulnerable, no solo los no natos, los lisiados, los deficientes, quienes tienen síndrome de Down, cáncer, o aquellos que están simplemente indefensos. Así que tendremos una gran potencia oratoria apoyando a toda esa gente, apoyando a los doctores que quieren hacer lo correcto, y a los abogados que quieren hacer lo correcto, y a los padres y a todo el mundo. Y esa era la esencia de lo que estaba pensando cuando escribí aquella columna. Y empezaron a llegarme cartas de todos los rincones de los Estados Unidos e incluso algunas desde Canadá. Y supe que tenía un problema.

D.^a María Cristina Duque de Seras Sv: Gracias, eminencia. Gracias por su docilidad al Espíritu Santo. Gracias por su sí al Señor. Su sí hace que yo pueda decir sí. Gracias.

Es realmente sorprendente que en Dachau, un campo de concentración, el cardenal O'Connor recibiera esta inspiración tan radical. En mitad de un sitio de sufrimiento y dolor surge el amor, en un lugar de muerte surge la vida y así es como obra Cristo: desciende al lugar más bajo de la debilidad humana, el pecado y la maldad, y de ahí trae nueva vida, vida eterna.

Es curioso también pensar que el cardenal O'Connor nos fundó a sus 70 años. Edad para pensar en retirarse, no para empezar algo nuevo, pero él tenía espacio para los sueños de Dios en su corazón. Sueños para llevar amor a mujeres que se enfrentan a embarazos inesperados, a mujeres y hombres que sufren los efectos del aborto provocado y a los corazones quebrantados de este tiempo, heridos por una creciente cultura de la muerte. Sueños para construir una nueva cultura de vida y renovar el sentido sagrado de cada persona.

El Cardenal O'Connor no sabía realmente cómo sería este carisma, este deseo, pero eso ni le asustó ni le incomodó. El creyó en lo que había nacido en su corazón y confió en Dios.

En el primer retiro, a las mujeres que respondieron a su columna "*Se necesita ayuda, Sisters of Life*", el cardenal O'Connor les dijo: "*Las invito a considerar ingresar a una comunidad religiosa inexistente. Si es del Espíritu Santo funcionará y, si no, no funcionará*". Así comenzó y así sigue hasta el día de hoy.

Fundadas en 1991, ha sido asombroso ver al Espíritu Santo hacer crecer esta comunidad de 5 monjas a más de 120, de un convento a una docena y toda una red de voluntarios y benefactores que nos ayudan a construir todo un mosaico de apostolado al servicio de la vida en los distintos aspectos de la sociedad y promover así la cultura de la vida. Cristo es la vida. Amando la vida, amamos a Cristo, y diciendo sí a los no nacidos, decimos sí a Cristo.

El Espíritu Santo nos hace estar presentes para servir en la primera línea de lo que podrían verse como los temas candentes y polémicos de hoy.

María es una presencia real, como Cristo, entre nosotros. Nosotras, mirando a María, podemos ser un signo de contradicción en paz, pues ya se lo dijo Simeón de su hijo: "*y nuestros corazones son traspasados a veces por espadas*". Recibimos el rechazo, el insulto, la indiferencia, la burla, pero aprendemos de María a tener los ojos fijos en Cristo. No hay nada que nosotros experimentemos que no haya sido ya vivido por María o por Cristo.

La maternidad espiritual es parte esencial de nuestro carisma. María le dio permiso a Dios y ella es la madre de Dios. Cristo le encomendó la humanidad a su madre y nos dio a su madre a los pies de la cruz. María madre de Dios y madre nuestra.

La Iglesia nace del costado de Jesús en la cruz y María es la madre de la Iglesia. María nos enseña a ser madres de quien encontramos y es bueno estar enmadradas con María para aprender a ser madres y así ayudar a otras madres a ser madres.

Nosotras somos una comunidad religiosa contemplativa activa. Nuestro tiempo se divide en oración y acción. Somos conscientes de que Dios nos ha llamado, nos ha dado una vocación para una misión concreta en la Iglesia y en el mundo, cada una hemos dicho sí, y la Iglesia ha reconocido cada vocación.

Nosotras profesamos, además de los tradicionales votos de pobreza, obediencia y castidad, un cuarto voto para proteger y realzar el carácter sagrado de cada vida humana. Nosotras damos nuestra vida libremente para que otros tengan vida y la tengan en abundancia, como deseaba Cristo, el Buen Pastor. Por nuestra consagración y votos prolongamos la misión que Jesús comenzó de llevar a todas las criaturas al cielo, de recordar que estamos hechos de este y para la eternidad.

En cada convento, tras la cena, se anuncia el plan del día siguiente: las reuniones, las salidas y entradas de las monjas, en coche, en bicicleta, donaciones a recoger, a repartir, etcétera. De todo lo anunciado, lo único que es seguro son las 4 horas de oración repartidas entre misa, adoración, meditación, liturgia de las horas y el rosario.

A la mañana siguiente, lo más probable es que mucho cambie por alguna llamada de teléfono, un e-mail, un parto que se adelanta, una chica que, camino de su aborto, se encontró con un voluntario o por quien llama a la puerta del convento. Dios sabe dónde quiere encontrarnos cada día y tenemos que estar disponibles y darle permiso a Dios.

Él mismo vino a nacer una noche fría en Belén sin tener nada previsto, solo el corazón incondicional de su madre y la providencia de su padre. Toda su vida era impredecible a los ojos humanos, pese a que cumplía toda profecía.

Esta flexibilidad nos ayuda a abandonar nuestro plan para seguir la propuesta del Señor. Él propone, él sabe lo que hay que hacer y solo tenemos que dejarle llevar las riendas: rienda corta, rienda larga o rienda suelta, lo que él quiera.

Las personas que Dios pone en nuestro camino tienen miedo, están solas y con crisis de identidad, tanto las mujeres con crisis de embarazo como las que han sufrido el aborto, y estas tres cosas muestran la ausencia de Dios, el trabajo del enemigo y la ausencia de libertad para atender al bien, y es ahí donde nosotras queremos llevar a Dios, llevar el amor de Dios amando. El amor perfecto expulsa el temor —nos dice San Juan—, y Jesús dice una y otra vez a los propios discípulos: *“No tengáis miedo”*. Por tanto, acompañarlas para que no estén solas, pues estamos hechos a imagen de Dios, que es trino y, por tanto, comunidad.

Tener claro y vivir bien nuestra identidad de hijas de Dios, de esposas de Cristo y de madres espirituales les ayudará a ellas a encontrar su identidad, su relación con el otro y especialmente con su hijo y con Dios.

No podemos olvidar que defender la vida es una batalla espiritual y por eso necesitamos a Dios. Las cunas, carritos y pañales están muy bien, pero llevar a Dios es lo que da vida y vida en plenitud. Vivir en gracia de Dios y cuidar los sacramentos es la mejor artillería.

El escapulario, que forma parte de nuestro hábito, nos ayuda a tener a María presente y sabernos arropadas por su manto. El rosario que llevamos aquí, en nuestro hábito medieval, es el arma que sustituye a la espada.

Vemos realmente cómo Dios construye puentes, derrumba muros, abre puertas, fronteras. Con él todo es posible. Con él resucitado llegamos donde ni imaginamos, vemos milagros suceder constantemente y hemos aprendido que solo debemos mantenernos arraigadas en las posibilidades que nacen de la fe. Solo necesitamos darle permiso a Dios.

Os cuento una historia. Nos llamó el capellán de la cárcel para ver qué podíamos hacer con una presa a punto de dar a luz, sin tener la cárcel un sitio para madres lactantes. El bebé sería americano por nacimiento y dado en adopción, dada la situación, y ella sería deportada más adelante, pero ella y su marido querían a su hijo; pero no fue fácil: su marido y toda la familia estaban en otro país. No fue fácil, fue una aventura.

La encomendamos a la beata Emilia, la Canastera, la gitana mártir del rosario que murió en la cárcel al poco de dar a luz, y Dios abrió puertas. Peleamos con el consulado de la mujer que, excusados en que el bebé sería americano al nacer, no se implicaría, pese a que nosotras decíamos: *“No, no y no. Su padre y su madre no son estadounidenses y es un bebé querido por su familia”*. Dios abrió puertas.

La cambiaron de prisión, pues tenía temas pendientes en varios condados, y alguien nos dio el aviso de que la dejarían en un hospital al verla llegar en tan avanzado estado de gestación, pues tampoco tenían los medios

para atenderla. Allí nos plantamos en el hospital. Ella, evidentemente, no nos esperaba, pues no pensó que monjas sin móvil ni internet pudieran estar al tanto de sus movimientos.

Ella llamó a su amiga de la mafia en cuanto supo de su liberación, pues solo recordaba su teléfono. A un lado de la camilla del hospital estábamos dos monjas y el preso, y al otro estaba su amiga. Ella tuvo que decidir y se vino con nosotras.

Así que le buscamos una casa de acogida hasta que un abogado nos ayudó a recuperar su documentación. Un médico la chequeó y le dio permiso para que volara, y alguien compró el billete de avión y facturamos la maleta sin problemas.

Cuando la dejé en la cola del control de policía, del control de pasaportes, ella estaba nerviosísima y yo le dije: *“Tú solo di una y otra vez ‘Jesús, confío en ti’ hasta que pases el control de pasaportes, y en lo peor, esta noche estás en la cárcel que ya conocemos y mañana nos vemos”*. Pasó sin problemas el control.

Más tarde nos mandó una foto sentada en el avión y se pasó el vuelo dando paseítos y bebiendo mucha agua, pues es cómo le indicó el médico. Realmente temíamos que el bebé naciera en el avión, pues eran más de 10 horas de vuelo y la aerolínea estaba preparada. El bebé nació feliz con su familia.

Os voy a contar un poquito nuestros apostolados. En Nueva York, las delegaciones de familia y vida están separadas dada la magnitud de ambas. Nosotras nos encargamos de la parte de la vida y organizamos eventos, jornadas de formación en colegios, institutos, seminarios, parroquias. Estamos atentas a los medios, siendo siempre fieles a las enseñanzas de la Iglesia. Intentamos dar herramientas a todos para que cuando les llegue un caso de vida o muerte sepan cómo atenderlo.

Es bueno conocer la doctrina de la Iglesia en temas de familia y vida. Hay mucho desconocimiento de la belleza del plan de Dios para la persona humana. Yo os animo a conocer mejor las enseñanzas de la Iglesia para poderlo compartir y así promover la cultura de la vida con fundamento. La Iglesia no quiere fastidiar a nadie, solo quiere engrandecer y realzar el plan de Dios para cada persona. Por eso, urge que lo conozcamos para vivirlo y transmitirlo.

Es necesario anunciar a todos que el don de la vida es sagrado. Llegaba un niño en su casa tras la visita de las hermanas a su colegio y oyó que su madre iba a terminar con el embarazo. Muchos niños están acostumbrándose a oír a sus padres estas cosas y realmente están siendo

escandalizados. Que el aborto sea normal no quiere decir que sea bueno.

Este niño le dio a su madre un folleto que le dieron las monjas y le dijo: *“Mamá, es mi hermano. No estás sola, llama a las monjas”*. El bebé nació y seguimos acompañando a esta familia, pues el embarazo no solo afecta a la mujer, afecta a todos: al resto de la familia, al entorno, a la sociedad. Cada vida importa.

Solo hace falta tomarnos el pulso y reconocer que no nos damos ni un solo latido de corazón a nosotros mismos. La vida es dada, por tanto, un don. Defender la vida no es algo personal, pues eso nos haría simplemente supervivientes, ni una idea. Defender la vida es una llamada constante a promover la cultura de la vida en cualquier circunstancia que nos encontremos, pues estamos rodeados de la cultura de la muerte. Si no promovemos la cultura de la vida en nuestra familia, trabajo, vecinos, parroquias y donde nos encontremos, no estamos defendiendo la vida. Es nuestra misión promover la cultura de la vida.

La Misión Visitación, que es donde estamos ahora mismo grabando esto, está al servicio de las mujeres embarazadas, como la visitación de María a su prima Isabel. Todos conocemos la historia: una vez que María concibe a Cristo, su primera respuesta es olvidarse de sí misma, de sus propias necesidades, de su propia situación e ir a toda prisa a ayudar a su prima Isabel, que está embarazada.

Nosotras recibimos a Cristo diariamente en la Eucaristía y vamos, apresuradamente, por así decirlo, al encuentro de la mujer embarazada y necesitada. Es Cristo quien transforma todo, él puede mejorar todo. ¿Cómo llegamos a Cristo? Siendo conscientes de su presencia en nosotros, intentando dar el amor que él nos da, que nos dio en la cruz y que nos sigue dando, concretamente, en la Eucaristía, que es una evidencia palpable de su amor.

Nuestra misión es amar, y, como María en la Anunciación preguntó a Gabriel cómo sería posible su embarazo, así nosotras preguntamos en la oración: ¿cómo será posible salvar esta o aquella vida ante tanto drama y dificultad? María nos repite como en Caná: *“Haced lo que él diga”*, y su hijo hace todas las cosas (inaudible).

Aquí nos contactan mujeres de Nueva York y otros estados o incluso de otros continentes. Lo mismo es una inmigrante que solo habla una lengua indígena recién llegada que ha sido violada en el camino o una artista internacional que está actuando en la Gran Manzana y ve arruinada su carrera artística si tiene al bebé. Son embarazadas de cualquier edad, desde niñas a adultas, de cualquier religión o ninguna. No nos importa.

Las causas de sus llamadas pueden ser varias: soledad, miedo, necesidades económicas, embarazos de alto riesgo o están arrepentidas del aborto que acaban de comenzar. A veces son personas del entorno a la mujer quienes nos llaman, a veces anónimamente nos dan los datos. Nosotras estamos aquí también para dar apoyo a otras personas que están intentando defender la vida y no saben cómo se confían a nuestra oración.

Una vez nos llamó una estudiante Erasmus que quería ayudar a otra estudiante a decir sí a la vida, y esa historia terminó en adopción, pues la chica tenía claro que quería una familia tradicional para su hijo y ella quería seguir estudiando. Es bueno entender que la adopción es un amor grande y de sacrificio, no es abandonar a un hijo. Y hablar de adopción a quien va a abortar si no lo ha propuesto no es adecuado, es más, es contraproducente.

A quien Dios pone en nuestro camino lo incluimos en nuestras oraciones y lo vamos a intentar ayudar. A veces, la forma en que nos contactan esas mujeres es ya una historia en sí. Incluso nos llamaron una vez de la sala de espera de un abortorio porque una tarjeta nuestra se coló entre sus folletos y en esos sitios os aseguro que no nos dejan entrar. De hecho, vamos a un dentista en el mismo edificio de un abortorio y una hermana se equivocó de planta en el ascensor y le dijeron de todo menos bonita.

El otro día fue un pediatra quien nos llamó con su paciente, una niña y su madre, pues la chiquita estaba embarazada y lloraba desconsoladamente, pues su madre ya la llevó a abortar hacía un par de meses y no quería pasar por eso otra vez. Por cierto, hoy quizás nazca ese niño. En un caso así, no solo la niña embarazada y el bebé necesitan ayuda, sino los abuelos y toda la familia.

No hay que tener miedo de ir a rezar a las puertas de los abortorios. Tal vez es el único amor que ese niño va a recibir antes de morir. No se grita, no se insulta, solo se reza y se ofrece ayuda, pero sobre todo se reza. Los propios abortistas que se han convertido lo atribuyen a la oración, y es que es una batalla espiritual.

Muchas veces las mujeres necesitan una señal, algo para no entrar ahí, una mirada que no las juzga, una sonrisa, y también es bueno estar ahí para cuando salen. A veces están en mitad de un aborto y es bueno que sepan que pueden pararlo. Hay varios tipos de aborto que se pueden revertir —las pastillas y el que dilata el cuello del útero días antes de provocar el aborto propiamente dicho—, y urge que los médicos conozcan estos protocolos para poder revertir estos abortos incipientes.

Es muy útil también cuando van a las puertas de los abortorios los hombres y hablan con los novios, maridos, padres o amantes y les

recuerdan qué es un hombre, cómo protegen y cuidan a las mujeres y a sus hijos, y es bueno que las mujeres vean a hombres caballeros, pues a veces no ha habido un solo hombre que las trate con respeto y dignidad. Es bueno recordarles a los que van a abortar que están hechos para algo más grande y que pueden hacer algo mejor que el aborto.

El miedo es la raíz principal del aborto. Cristo nos ha dado el amor como respuesta a todos los miedos y así, cuando una mujer nos contacta, ¿qué hacemos? Pues es muy sencillo: simplemente, mirarle a los ojos si está delante nuestro y decirle: *“Parece que estás teniendo una mala racha”* o *“parece que no estás teniendo un buen día”*. Eso le da a ella permiso para abrir su corazón.

Hay que escucharla. Si ella no descarga lo que lleva, sus miedos, su soledad ante el embarazo, etcétera, no va a recibir nada. Solo recibíendolas, ya se sienten aliviadas. No hay que suponer nada ni hay que decirle lo que tiene que hacer. El bebé sabemos que está ahí, pero ella necesita ser escuchada.

Ella tiene que ser recibida, descargar su preocupación y saberse amada. Ella necesita saber que es fuerte, que no está sola, que es buena, y yo estoy allí para recordárselo, no porque yo soy muy buena, sino porque ella es buena y nos deleitamos en ella para que con la gracia de Dios llegue a saber que ella misma es buena, amada y con capacidad de amar.

Si es capaz de abrir su corazón, recibir y conocer su propio valor y bondad, esa experiencia le dará el valor para reconocer el valor del prójimo, amar a otra criatura y, en particular, la vida escondida en su vientre.

Y volvamos a llamar al embarazo estado de buena esperanza, pues donde hay vida, hay esperanza.

Una vez fuimos a una casa de una adolescente que tenía cita para abortar al día siguiente y alguien nos dio el chivatazo. La chica vivía con su abuela. La abuela no nos esperaba y la joven no estaba en la casa, así que le dijimos a la abuela que esperaríamos a la joven o dentro o fuera de la casa, pero que no nos íbamos sin ver a la nieta. La abuela accedió a que esperásemos en la casa, pues en el pasillo las monjas iban a dar más que hablar a los vecinos.

Poco a poco fuimos conociendo a la abuela y, efectivamente, ella había sufrido varios abortos y ella no pensaba que había otra opción para su nieta, pues para ella no la hubo.

Hasta que llegó la nieta, contamos más de una docena de criaturas que faltaban en esa familia y no juzgamos a esa pobre señora y lamentamos que hubiera tenido que pasar por tanto dolor en su vida. Le recordamos la

misericordia de Dios y que el cielo estaba a su alcance también. Después de que su nieta dio a luz, otros familiares van diciendo sí a la vida y es la abuela quien les recuerda que nos llamen.

En esta misión hasta vamos a los partos y cesáreas si están solas (inaudible). Si, con el hábito y con todo nos ponemos el mono de quirófano, el gorro, los patucos y a quirófano que vamos, o al paritorio, depende si es cesárea o parto. Nos encanta ir a los nacimientos, sobre todo para poder cantar *Happy birthday*, que es el *birthday*, el día del nacimiento literalmente.

Cuando le toman las huellas dactilares al bebé, recordamos a todo el personal sanitario que sus huellas son únicas e irrepetibles. Miramos a ese bebé que nadie ha visto antes. Es una imagen única e irrepetible de Dios que nadie ha visto aún y los médicos deseando volvernos a ver en el paritorio. Poco a poco vamos haciendo amigos en los hospitales.

El personal sanitario no tiene el tiempo ni la vocación para acompañar a estas mujeres, a veces en situaciones muy complicadas. Cuando recibimos avisos o nos piden ayuda de los centros médicos para ayudar a alguna mamá, es una señal de que algo va cambiando para bien.

También acompañamos a las consultas de alto riesgo, pues asustan a las madres con riesgos que a veces son reales, pero en otros casos son solo una probabilidad. Sea lo que sea es su hijo, su hija y el aborto no es la solución. Es bueno preguntarle al médico qué alto riesgo asume si solo propone el aborto ante el embarazo.

A veces son embarazos de criaturas con síndromes raros que no sabemos si llegarán a nacer vivos, y acompañarlos durante el embarazo celebrando cada semana es muy importante para celebrar cada victoria en el desarrollo de esa criatura. Si el nacimiento llega y no hay sacerdote, nosotras lo bautizamos, y luego hacemos todas las gestiones para que el bebé sea enterrado en un camposanto, y acompañamos en ese duelo a la familia. Es otra forma de recordar que somos sagrados, que somos templos del Espíritu Santo y que es lo correcto descansar en un camposanto.

En los cementerios católicos y en muchos columbarios en parroquias, aquí en Estados Unidos, hay sitio para los niños no nacidos de abortos naturales y muertes prematuras intrauterinas. Es un gran consuelo para los padres que esperan a estos bebés tenerlos en un lugar sagrado y reconocidos como personas. Es bueno que contemos a todos los niños no nacidos entre nuestros hijos, pues desde el momento de la concepción tienen vida plena y sus almas son eternas. Sea cual sea la situación, si hay vida, es un don de Dios, es sagrada y hay que defenderla, cuidarla, promoverla y amarla.

Nos llamó un sacerdote que tenía una mujer embarazada recién llegada de Ecuador, que le habían dicho que el bebé a punto de nacer venía muy malito. Fue en el último trimestre del embarazo cuando vieron las anomalías del bebé. Gracias a Dios, fueron al cura para pedirle una bendición y este nos llamó de inmediato.

Al día siguiente, nos citamos con ella en un hospital en Nueva York, donde conocemos al equipo de neonatología, donde hacen todo lo posible por salvar estas vidas de estos bebés y, efectivamente, nos confirmaron que el bebé venía con un síndrome.

Fuimos con ella a diversos especialistas, cardiólogos, ecografías, de todo para recordar los problemas de estos niños. A nosotras nos encanta ir a estas citas, pues en la sala de espera encontramos a muchas otras mamás angustiadas por el alto riesgo del que han sido diagnosticadas y reconocemos cómo entre los bebés escondidos en las barriguitas de sus madres se ayudan unos a otros. Es fascinante realmente.

El día de la cita con las genetistas estas nos advirtieron de todas las diferencias de estos niños con el resto y, al final de la interminable lista de cosas que no haría este niño, le preguntaron a la mamá si tenía alguna pregunta y ella dijo con voz asustada: *“Pero ¿él va a poder jugar? ¿Él va a poder reírse?”*. Dijeron las dos genetistas al unísono: *“Sí”*. La madre sonrió, dio un suspiro de alivio grande. Realmente a todos se nos pusieron lágrimas en los ojos ante el corazón de esta madre tan bien hecho.

Cuando bautizamos a Mateo en el hospital, otras madres con niños ingresados se animaron a bautizar a sus bebés. Mateo ha sobrevivido a una operación de corazón grande en mitad de la pandemia y cumplió su primer año hace poco. Se ríe y juega, y su madre está orgullosa de su hijo y es una alegría cada vez que nos cuenta los progresos.

Es que otra de las características de nuestro carisma es recordarles a todos que la vida de cada persona vale por el simple hecho de ser. No valemos por cuanto tenemos o hacemos, es en el ser donde radica nuestro valor y es Cristo en la cruz, atado de pies y manos desangrándose cuando salva al mundo. No hay que tener miedo de ser y de dejar a otros ser, sean pobres, sencillos, simples, enfermos, débiles de ser.

Nuestra fragilidad y debilidad unida a Cristo en la cruz puede dar más frutos que todas nuestras acciones. Nuestro ser es dado, es un don y esto debe ayudarnos a tener la mirada puesta en Dios Padre, quien nos da la vida y con cada latido nos lo recuerda.

También hay un convento donde invitamos a algunas embarazadas a vivir con nosotras. No tienen que ser católicas ni tienen que rezar ni tienen

que hacer nada especial, solo ser invitadas, dejarse recibir cuando llaman a la puerta y saberse recibidas. Muchas de las mujeres que viven con nosotras no han tenido una madre que las espere nunca, que les pregunte cómo le ha ido el día, alguien que las mire a los ojos y que se interese por ellas, y en ese convento, cada fiesta de Navidad, ellas y sus hijos tienen sitio en la mesa y su regalo.

Tenemos la misión de esperanza y sanación para aquellas mujeres que han sufrido el aborto, y a quien también llevamos el amor de Cristo. Es una misión de acompañamiento para encontrarse con la misericordia de Dios y saberse perdonadas, restaurando así su dignidad. A estas mujeres también queremos recordarles que son madres y que sus vidas merecen la pena. Muchas no saben que Dios las espera y que su misericordia es más grande que lo que hayan podido hacer. Es una misión de total confidencialidad donde llaman personas de todo el mundo y donde se hace un camino personal y confidencial dada la situación.

Se ven vidas transformadas al ver aliviados sus sentimientos de culpabilidad, de remordimientos. Muchas mujeres sufren en silencio el aborto vivido, recordándolo cada día en silencio y reprimiéndolo en su corazón, la ausencia de su hijo. El cardenal O'Connor desde el principio decía que no somos adversarios de las mujeres tentadas a abortar y no somos adversarios de las mujeres que han tenido abortos. Son parte del cuerpo de Cristo, y Cristo dijo: "recoger los pedazos que sobraron para que no se pierda nada".

Poco después de la fundación de las Hermanas de la Vida, un grupo de mujeres se nos acercó y nos dijo: *"Si conocen la sagrada dignidad de las personas humanas, podrán comprender la profundidad del dolor que llevamos"*. Por tanto, no tuvimos que salir a buscar a las mujeres que han sufrido el aborto, ellas mismas vinieron a nosotras y, desde el principio, son parte de nuestra misión. A esta misión lo mismo vienen mujeres que se plantean abortar y ya son conscientes del dolor que el aborto conlleva como las que llevan en silencio sufriendo décadas y a la vejez tienen miedo de enfrentarse a la muerte con este tema pendiente.

Aquí se celebra también el Día de Navidad y el Día de la Madre, tan vetado en los corazones de las mujeres que sufrieron el aborto. El aborto es mucho más que un debate o una cuestión política. Años tras la legalización del aborto, sabemos que es una experiencia que cambia la vida y que afecta profundamente a la mujer, causando dolor, tristeza y sufrimiento.

Hemos aprendido que, independientemente de las circunstancias, el aborto decepciona a la propia mujer. Le prometieron un acto liberador

que provocó todo lo contrario. En el corazón de una mujer está el deseo de dar vida y que la maternidad es para siempre. Una vez que se concibe al niño, se forman lazos y surge una relación madre e hijo que es eterna.

Tanto si una mujer embarazada tiene a su hijo, lo da en adopción o lo aborta es madre, y eso es una realidad que le ayudamos a enfrentar según donde se encuentre esta mujer. La ayudamos a ser madre en la circunstancia que sea. Es encontrarse a Cristo, un Dios vivo y real que la ama y que perdona, lo que dará paz a su vida.

Muchas mujeres que han sufrido el aborto no saben que pueden volver a entrar en las iglesias, no saben que todos los sacerdotes pueden confesarlas y que Dios las está esperando para derramar su misericordia. Muchas han perdido la esperanza de volver a tener una relación con Dios y no saben que pueden tener una relación con su hijo.

Una de las veces que fui a Sevilla, me vi con una amiga que hacía años que no veía, y ella, por la relación que estaba y por los consejos del médico, fue prácticamente llevada a abortar. Ella no sabía poner palabras a lo vivido, pero sufría. Los psicólogos no dan opción al aborto como causa de depresión muchas veces.

Yo la escuché un par de horas, la invité a confesar, pero no estaba preparada. Un sacerdote, que salía del confesionario camino de la sacristía para celebrar la misa le dio una bendición. Tras toda la tarde con ella, solo decía que la bendición fue lo mejor, y es que ella necesitaba oír que era hija amada de Dios, necesitaba oír lo que en el bautismo se le prometió. Aquella bendición la llevó poco después a buscar la confesión y empezar una relación con su hijo, a quien ya le ha dado nombre y con Dios, y realmente es hoy una mujer transformada, feliz y con paz.

La evangelización es parte de nuestra vida. Para llevar nuestro carisma donde Dios quiera, recibimos invitación de todos los rincones del mundo —una vez más, gracias por estar aquí— y atendemos lo que podemos, pues no somos tantas y no podemos abandonar nuestras misiones, pero el hecho de llevar un hábito facilita mucho la evangelización, aunque cada vez son más los niños y personas que no saben qué es una monja.

El hábito es una señal escatológica y como católicas recordamos el cielo. El velo recuerda que somos novias, esposas de Cristo. La túnica blanca recuerda el bautismo y las promesas del cielo que nos hicieron ese día, reconociendo a Dios y negando al enemigo. Cualquier sitio es bueno para hablar de lo que somos y los frutos de nuestro (inaudible).

Recuerdo que estaba un día en un gran supermercado con otra hermana. Cada una empezó la compra por un extremo y al final perdí a mi

hermana. El cajero me esperaba y yo corría por los pasillos buscando a mi hermana ante las miradas atentas de todos los consumidores. Le pregunté a una señora joven que iba en su sillita de ruedas con su acompañante si había visto a alguien vestido así, como yo, de blanco y azul, y me preguntó que de dónde había salido yo. Le expliqué nuestro carisma brevemente y me dijo de inmediato: *“Mi madre me obligó a abortar cuando yo tenía 12 años y desde entonces he sufrido mucho”*. Le pedí su número de teléfono y por la noche la llamé y escuché toda su historia.

Ella, por su incapacidad para la movilidad, no estaba muy convencida de si podría venir a un retiro de esperanza y sanación. El enemigo siempre intenta que las mujeres no vayan a estos sitios, pues hay confesiones, y esto es lo que acerca a las personas a Dios. ¿Qué es el pecado? Distanciarse de Dios. ¿Qué es la confesión? Acercarse a Dios y ponernos el alma como el día de nuestro bautizo, resplandeciente.

La cuestión es que nuestra amiga, la mañana del retiro, se levantó muy temprano, sola, sin la ayuda que acostumbraba. Se preparó despacio, sin el cansancio ni dolores típicos, y vino al retiro. Estos retiros suelen terminar con una misa y cada mujer coge una rosa por cada niño que abortó y la ofrece. Cuando llegó su momento, yo me acerqué con la bandeja de rosas y ella hizo ademán de cogerlas todas, y me dijo que había perdido la cuenta. Ella regresó a su casa transformada y hace poco nos llamó para que ayudásemos a un familiar que iba a abortar.

También tenemos una casa de retiro, donde ofrecemos tiempo de formación y oración para aquellos que quieren sanarse de las heridas de la cultura de la muerte o formarse para llevar la cultura de la vida a su entorno. Por cierto, dados los tiempos que vivimos, es una gran oportunidad para hacer retiros online y gratis.

Tenemos una casa de estudios y formación en la capital, en Washington D. C., en un antiguo convento de clarisas, donde además la exposición al Santísimo es de larga duración para recibir a los que quieran rezar.

Las demás cosas las podéis ver en la página web. En todos los conventos, al final del día, viene el examen de conciencia, que no es ver dónde he fallado, en este o aquel mandamiento, o cuántos pañales he repartido; al final del día lo que quiero ver es dónde he actuado yo y dónde he dejado a Dios ser, pues cuando él está presente, todo sale mejor. De verdad os digo que merece la pena dar la vida para que otros tengan vida.

Ya termino, pero voy a terminar con la oración que empezamos cada mañana la jornada en esta Misión de Visitación:

“Dios Padre Todopoderoso, Padre eterno, autor de la vida y hacedor

de todas las cosas buenas, tú nos has confiado una misión al servicio de la vida, enciende en nuestros corazones el fuego de tu amor para que podamos recibir a cada mujer embarazada vulnerable y necesitada con el corazón de Cristo, muéstranos cómo entregarnos, revélanos tu divina providencia para ellas. Corazón eucarístico de Jesús, concebido en nuestros corazones en la Santa Comunión, irradia a través de nosotros para que el feto de la mujer que sirvamos salte de alegría al encontrar un defensor de la vida. Nuestra Señora de la Visitación, intercede por nosotros ante Dios para que podamos responder generosamente a los impulsos del Espíritu Santo, enséñanos a ir apresurados con amor desprendido para servir a los necesitados, que nuestras vidas traigan honor y gloria a Jesús, Dios encarnado concebido en el vientre de María". Amén.

Muchas gracias por vuestra atención, por vuestro tiempo, y aquí estamos en Nueva York para lo que necesiten. Cualquier pregunta, no duden en contactarnos. En nuestra página web pueden conocernos mejor. Gracias. Gracias de verdad.

– D. Juan de Dios Larrú: Recordaba, cuando Juan Pablo II estuvo en Denver en la Jornada Mundial de la Juventud, el himno de aquella jornada, *Jesus Christ, you're my life: 'Jesucristo, tú eres mi vida'. Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia.*

Yo doy gracias por haber conocido a Sor Cristina. La conocí hace 10 años en unos encuentros de familia organizados por el Instituto Juan Pablo II para estudios sobre matrimonio y familia, y me encontré con una mujer joven, dinámica, pertenecía a Comunión y Liberación, con una gran inquietud: había estudiado Biología y quería seguir su propia vocación, y no encontraba su camino. Luchaba, sufría por ello, y a través de su trabajo la enviaron un año a Estados Unidos a un proyecto, a un desierto americano, Dios se valió de aquello para que conociera a las *Sisters of Life* y pertenece ahora, como han visto, a esta congregación.

La página web es —ella no lo ha dicho, muy discreta, yo lo digo por si acaso—: sistersoflife.org. Tienen también una revista, IMPRINT, y damos gracias a Dios porque suscita en la Iglesia estos carismas a favor de la vida, e insisto en un punto, que ella también ha insistido: la necesidad que tenemos de generar una cultura de la vida.

Gracias, *Sisters*. Gracias, Sor Cristina.